

## **Crítica de arte**

### **El Salón de Verano de Viña del Mar**

Sería excesiva venalidad crítica—en la que no querría incurrir—ignorar que hay en este Salón algunas excelentes muestras de un arte maduro y valioso. Aquí, sin embargo, termina nuestra concesión máxima, porque es indudable que esas pocas expresiones de una pintura auténtica se pierden entre la baránda de envíos más que mediocres.

Debemos registrar otro fenómeno frecuente que quita seriedad a los Salones veraniegos de Viña del Mar. Nos referimos al envío de obras que ya han sido expuestas anteriormente por lo menos en algún otro certamen. El afán exhibicionista alcanza tonos muy curiosos en algunos artistas.

Creo haber señalado en una crónica anterior el espíritu disolvente que se está enseñoreando de la pintura joven chilena. En este Salón se puede ver con excesiva claridad este fenómeno que responde tal vez a la influencia retrasada de ciertos maestros franceses. Es la figura interesante de Matisse y sus discípulos quienes están influyendo poderosamente sobre la inquietud juvenil de estos artistas. Anotemos, porque es imprescindible, la diferencia que hay entre la formación rigurosa de aquellos pintores, dueños de una expresión espiritualizada del mundo plástico, poseedores de una técnica disciplinada, y la improvisación que acusan algunas de estas telas.

Tenemos la sospecha que la adhesión a una escuela—la de los *fauves*—cuando aquella etapa tumultuosa de un Georges

Rouault, de un Marquet, de un Duffy, de un Otton, de un Friezt, parece ya superada por movimientos posteriores, responde a una falta de disciplina, a un deseo de eludir dificultades. Hay ahora una vuelta saludable a la pintura de más entidad estéticas. Hoy se vuelve a acallar el propio sentimiento individual del artista, se ahoga la expresión íntima. Y se va a la ejecución de un arte en el cual la pintura con sus elementos formales y representativos lo crea todo. Sin embargo, cuando los artistas no se deciden a prescindir de aquel elemento personal, íntimo y subjetivo, nace el superrealismo, pero sus pintores exploran las zonas oscuras del subconsciente con una técnica perfecta que recuerda a los renacentistas.

Quiere esto decir que en todos los casos la pintura ha iniciado una enérgica marcha hacia la perfección formal. El *oficio* pictórico alcanza hoy una plenitud que había perdido con el último de los grandes artistas «componedores»; Delacroix. Se va de todas formas a una etapa en la cual al predominio de lo imaginario sucede el imperio de las formas racionalizadas, según Julio E. Payró.

Hay con toda evidencia en esa expresión tendiente a disolver las formas y los volúmenes que vemos en ese Salón, una vuelta a la deformación y a la exageración expresionista para acentuar así la fuerza del espíritu. El espíritu es—tal vez—la único que se adivina palpablemente en unas obras cuya norma es el desconocimiento de los valores plásticos.

Los jóvenes artistas chilenos prolongan de esta manera una peculiar forma de ver la naturaleza, característica, de un lado, en Francia con el *fauvismo* y de otro, en Alemania, con el *expresionismo*. Lo que quiere decir que estamos ante una derivación exótica del arte. Aquí en Chile no influyó la postguerra, ni la expresión semítica tuvo los dramáticos acentos de la Europa Central.

Es ésta una pintura de instinto, porque los artistas de la tendencia que prima en el Salón, como Moreau—un anteceden-

te lejano—no creen en lo que ven ni en lo que tocan, sino en lo que sienten. Vemos excesivos cuadros en los cuales la *materia* pierde su valor constructivo ignorando a la vez la función armónica y solidaria del color. Van deliberadamente nuestros *sa-*  
*ves* al empleo de unos tonos puros, aquellos que expresen con mayor fuerza el estado anímico del artista. La pincelada parece rasgar la tela con sus estrías violentas, la pasta se amontona en la superficie del cuadro, sin que se adivine el dibujo, soporte nobilísimo y necesario en la composición. El pintor va produciendo su obra sin una meditada trabazón mental, rigurosa y lógica.

La exageración de las formas es un recurso para dramatizar o para acentuar la expresión íntima del autor. El *pathos* se instala en esta pintura buscando una sentimentalidad mística. Los tonos bajos y tenebrosos están adjetivando y acusando más su carácter rebelde y personal.

El dramatismo es otro elemento que está penetrando tumultuosamente en la joven pintura chilena. Nosotros vemos así marcarse la influencia de ciertos maestros españoles, especialmente del pintor José Gutiérrez Solana.

Los casos de Aída Poblete, Héctor Cáceres, Raúl Santelices, Luis Torterolo, Ramón Vergara, Arturo Gardón, Antonio Fajre y F. Morales, son un ejemplo evidente de lo que afirmamos.

Gregorio de la Fuente es—dentro de este grupo—un verdadero independiente. El ha sabido liberarse, si no del todo, en parte, de un influjo que quitaba personalidad a su arte. Su pintura es cada vez más simple, más pura, más limpia, más pimpante y simple, especialmente en los paisajes. Su paleta es rica en grises.

El resto de los envíos está dentro de una expresión formal y más cercana del equilibrio colorista. Señalemos a Roa, a la pintora Ana Cortés que si aun no abandona aquella *manera*, especialmente en su retrato, presenta unas telas muy perso-

nales y deliciosas, a Juan Diguít, a R. Humeres, con un bello retrato, a Enrique López, muy objetivo, al Mosella de *Naturaleza muerta*, a Carlos Pedraza con un buenísimo y extraordinario *Retrato* y, por fin, a Dora Puelma.

Los envíos de pintura y dibujo están, en su mayor parte, fuera de toda posibilidad crítica.

### Exposición Jaime del Valle Inclán

Hay en la obra de este joven pintor algo que nos sobrecoge y emociona. Tal vez sea ese aire de tristeza y de melancolía que alienta fuertemente en su arte pleno de promesas. A través de estas obras expuestas en el Instituto Chileno-norteamericano, se ve ya una personalidad definida que pide al arte su más pura emoción. Valle Inclán salta, incluso, por encima de lo que es propio y necesario en la pintura, y va más allá para decirnos su verdad. Junto a estas expresiones y a estos ojos de fatal melancolía hispana estamos adivinando la vida interna. El autor se sitúa en el centro de su propia creación, y los cuadros son como facetas múltiples del alma solitaria que irradia así su espíritu.

Estas facies verdosas llevan muy marcados los sueños adolescentes del artista, quien no tuvo el plácido discurrir de una existencia monótona. No es una obra superficial, ni siquiera pictórica, sino algo más: una melancólica visión del mundo a través de un temperamento que parece pasear su nostalgia europea; Más todavía: *morriña* de celta.

Cuando se conoce a Valle Inclán se comprende su pintura. Fué Lope de Vega quien habló de los «ojos portugueses», dando a entender la nostalgia y la sed infinita de océanos que los humedecía. Así Jaime del Valle Inclán ha visto con los ojos celtas de su espíritu uno de los momentos más tremendos de su patria. Y ha surgido esta pintura que tiene en ella el eterno calabobos galaico de la tristeza.